

Ciudad Posible



Por Alfonso España,
Docente Facultad de Arte y Diseño Institución Universitaria Colegio Mayor del Cauca

Después de mucho cavilar acerca de lo que considero un sagrado ritual como lo es el de escribir, y de las implicaciones que consigo suponen semejante oficio, decidí arriesgarme a tan difícil empresa. Surgió de este ejercicio una suerte de reflexión crítica y el intento de lo que podría considerarse como una posible alternativa para los problemas que aquejan a nuestra ciudad.

Al hacer un examen de lo que pienso acerca de lo que para mí significa ser Payanés siempre he llegado a concluir que me une a Popayán una relación difícil, de sentimientos encontrados, de amor y odio; por todo lo que ella me ha dado y por todo aquello que no tiene y por tanto no me brinda. De esta relación tormentosa he podido desarrollar un sentido de la estética, que de alguna manera se fue metiendo en algunas de mis obras pictóricas y que tal vez anunciaban lo que no me atrevía a escribir. Y como dice William Ospina en su libro Escuela de la noche, "así como llena de ciudades ha estado siempre la poesía". Creo también que de la misma forma lo ha estado el arte.

Y volviendo a Ospina en un capítulo denominado "Las ciudades en la poesía", del mismo libro, nos recuerda: "Las ciudades son tan antiguas como la civilización. Lo que llamaban los griegos la Polis no era un conjunto de edificaciones, con calles, ágoras, templos, bibliotecas, escuelas, plazas, jardines, comercios y lupanares. Sino el orden social del que florecían esas cosas. La Polis hace posible el mundo urbano, pero es sobre todo el orden mental, el sistema de relaciones que teje una cultura, y su hilo principal es el lenguaje.

En este orden de ideas quiero referir lo que sucedió en Popayán una mañana de jueves santo, y como este hecho marcó un nuevo rumbo.

El 31 de marzo de 1983, un terremoto en solo 17 segundos cambió la fisonomía de Popayán alterando del mismo modo su estructura social. El fenómeno natural partió en dos la historia de la ciudad, y sacudió lo que hasta ese entonces se creía que no podía cambiar. Bajo los techos de barro, y detrás de los muros de tierra pisada habitaba una sociedad orgullosa de su ciudad colonial, y del pasado glorioso; que consideraba además provincianamente, el desarrollo, y el progreso como una amenaza. Por lo tanto Popayán no crecía ni se proyectaba a futuro más allá de su centro histórico; todo lo que no estaba dentro de la cuadrícula colonial difícilmente era considerado parte de la ciudad.

La sacudida derrumbó gran parte del patrimonio arquitectónico, el inventario de bienes muebles e inmuebles, sufrió daños irreparables, por lo tanto la estructura física de Popayán en su centro se resquebrajó de tal manera que hizo imposible en gran medida continuar habitando sus casonas y edificios públicos. De repente todo lo que hasta entonces era seguro debió ser evacuado, y muchas zonas periféricas se convirtieron en lugares habitables.

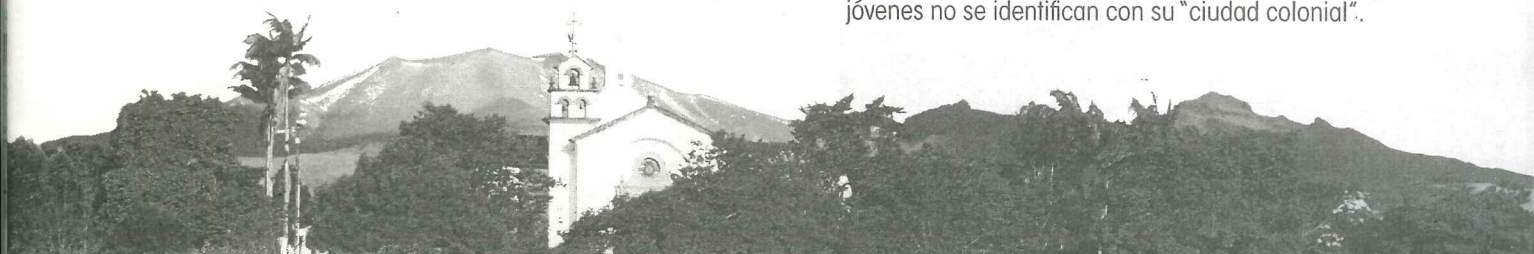
Surgió de este modo un modelo de desarrollo urbano regular, por medio de una expansión repentina de la ciudad que nunca se proyectó, y de manera improvisada los que perdieron todo junto con los que llegaron atraídos por los anuncios de millonarios auxilios económicos empezaron a luchar por hacerse a un espacio en el cual pudieran ser reconocidos como ciudadanos.

*"En Popayán
sus habitantes
son sólo eso;
habitantes"*

Pronto se contabilizaron por lo menos cien asentamientos humanos, que fueron denominados invasiones; pues para Popayán era un fenómeno nuevo, inconcebible para una ciudad que se preciaba de no tener tugurios. La silueta de la ciudad cambió, y a medida que pasaba el tiempo se hizo evidente la precariedad de las condiciones en las que se fue estableciendo definitivamente el nuevo orden social. La falta de planeación urbana, de un plan maestro que tuviera en cuenta el equipamiento social y comunitario, la carencia de los servicios públicos básicos, y los auxilios económicos que difícilmente llegaban; hizo palpable lo caótico y deplorable de las condiciones habitacionales. La indiferencia del estado transformó este nuevo orden social en una amenaza; en donde el detonante principal era la falta de empleo, para una clase nueva que se podía considerar como inempleable.

Esta misma clase fue la que vio como se empezó a levantar de los escombros, como en otros terremotos la ciudad colonial, y consideraba injusto que los recursos se invirtieran en la reconstrucción de templos y casonas, mientras el derecho a la vivienda digna, al trabajo, a la salud y la educación seguían en lista de espera.

Como consecuencia se generalizó un sentimiento de desarraigo, de no pertenencia y malestar social, en esos nuevos ciudadanos. Esa falta de pertenencia se puede evidenciar veintisiete años después de la tragedia natural, y el resultado palpable es el caos y desorden social generalizado en donde impera la anarquía; ya que la mayoría de sus habitantes incluyendo las generaciones jóvenes no se identifican con su "ciudad colonial".

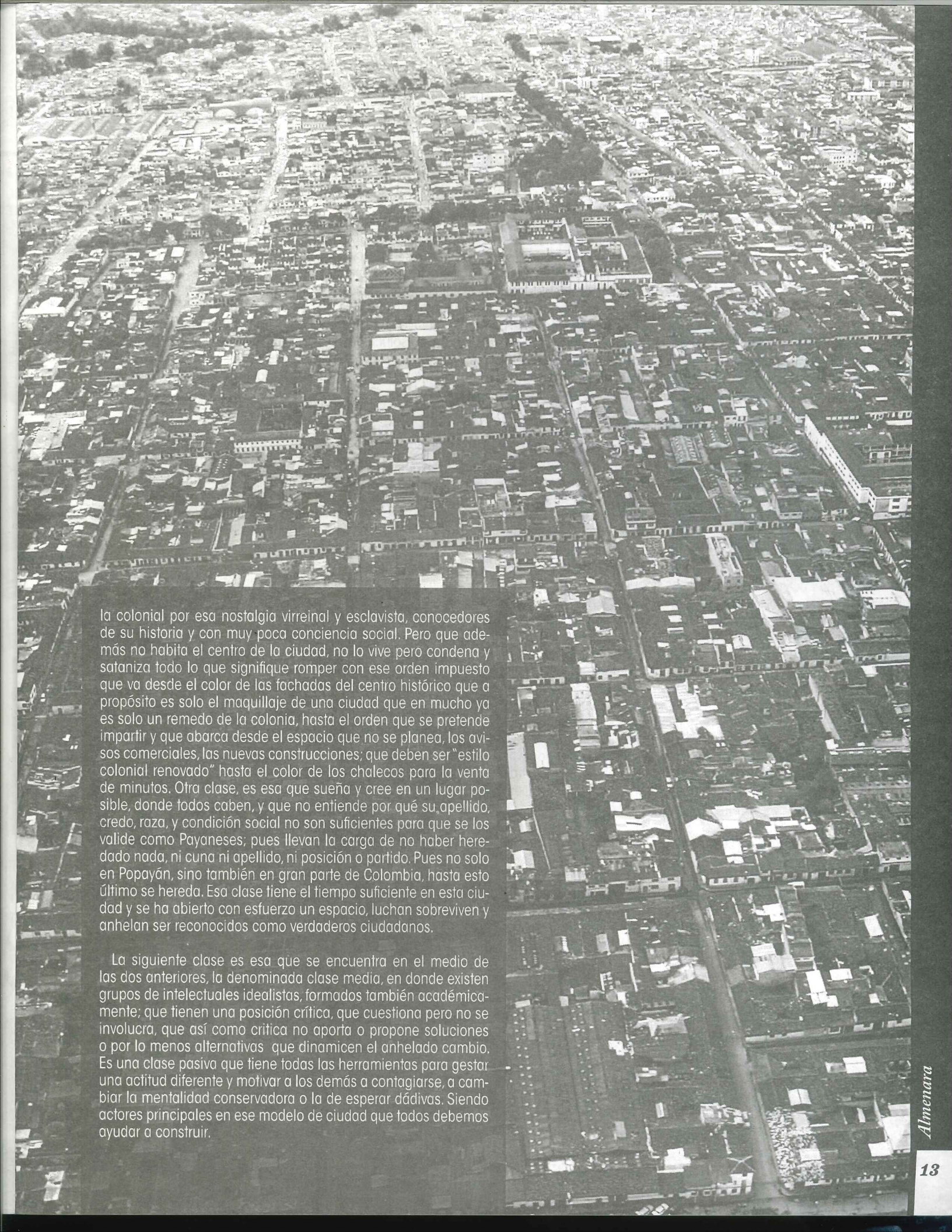




En Popayán sus habitantes son solo eso; habitantes, y definiendo el término en el sentido estricto de la palabra, podríamos decir que son personas que constituyen la población de un barrio, ciudad, provincia o nación, viven, moran, en lugares o casas. Pero ser habitante de una ciudad implica otras cosas. Lo que sucede es que desde la perspectiva de los nuevos habitantes de Popayán, y también desde la de los más jóvenes, la percepción que tienen se traduce en un sentimiento de vivir en un lugar ajeno, con un centro impecable, de muros blancos y calles señoriales, de espacios que no pueden usar porque el centro nunca se adaptó a los cambios que supone el progreso ni a las dinámicas generadas por el crecimiento natural de la población, o a fenómenos como la migración y el desplazamiento.

La mayoría de los habitantes que se hicieron a un lugar en la periferia de la ciudad después del terremoto son los mismos que tratan de sobrevivir en las calles del centro histórico como vendedores en una economía informal, y que son perseguidos como ambulantes, pues se los considera invasores nuevamente pero ahora del espacio público. Invasores de ese espacio que es de todos, pero que no se ha planeado como debe usarse, y entonces ante el caos que a diario se vive la solución más creativa es la de utilizar las fuerzas del orden. Es decir la de pretender que el orden se logra por medio de la fuerza, la persecución y el maltrato. La reacción ante esta solución invariablemente es la que podemos observar en el grado de abandono, suciedad y deterioro que impera en toda la ciudad.

Las familias más tradicionales de Popayán están orgullosas de pertenecer a esos grupos privilegiados por haber nacido en cunas nobles, con apellidos y tradiciones heredadas de sus antepasados de alcurnia y blasón. Pero la imagen y los imaginarios que la ciudad ha construido durante años, son los de una ciudad con un pasado ilustre, y una gloria lejana, lograda por unos seres casi míticos que forman ese grupo privilegiado que logró pasar a la historia. Esa historia de la cual muy poco saben las nuevas generaciones, pues solo la pueden apreciar en los museos cerrados y abandonados, en donde reposan como viejos tesoros empolvados toda la memoria cultural que podría ser conocida si sus puertas se abrieran no solo de manera aburrida en semana santa. Ese pasado ilustre descalifica y no incluye al resto, es decir al ciudadano del común por eso no se identifican, ni pertenecen a un lugar que los excluye, segrega y discrimina. Popayán es una ciudad dividida, y claro como todas las ciudades estratificada socialmente; utópico sería pensar en igualdad a todo nivel. Claramente cuando se habla de ser Payanés, se puede identificar una clase educada académicamente, prepotente y presuntuosa, con ínfulas de costumbres europeas, que deploran la ciudad actual porque creció y se dañó, porque antes no era así; pues se llenó de una gente rara venida de no se sabe dónde, y que ahora



la colonial por esa nostalgia virreinal y esclavista, conocedores de su historia y con muy poca conciencia social. Pero que además no habita el centro de la ciudad, no lo vive pero condena y sataniza todo lo que signifique romper con ese orden impuesto que va desde el color de las fachadas del centro histórico que a propósito es solo el maquillaje de una ciudad que en mucho ya es solo un remedo de la colonia, hasta el orden que se pretende impartir y que abarca desde el espacio que no se planea, los avisos comerciales, las nuevas construcciones; que deben ser "estilo colonial renovado" hasta el color de los chalecos para la venta de minutos. Otra clase, es esa que sueña y cree en un lugar posible, donde todos caben, y que no entiende por qué su apellido, credo, raza, y condición social no son suficientes para que se los valide como Payaneses; pues llevan la carga de no haber heredado nada, ni cuna ni apellido, ni posición o partido. Pues no solo en Popayán, sino también en gran parte de Colombia, hasta esto último se hereda. Esa clase tiene el tiempo suficiente en esta ciudad y se ha abierto con esfuerzo un espacio, luchan sobreviven y anhelan ser reconocidos como verdaderos ciudadanos.

La siguiente clase es esa que se encuentra en el medio de las dos anteriores, la denominada clase media, en donde existen grupos de intelectuales idealistas, formados también académicamente; que tienen una posición crítica, que cuestiona pero no se involucra, que así como critica no aporta o propone soluciones o por lo menos alternativas que dinamicen el anhelado cambio. Es una clase pasiva que tiene todas las herramientas para gestar una actitud diferente y motivar a los demás a contagiarse, a cambiar la mentalidad conservadora o la de esperar dádivas. Siendo actores principales en ese modelo de ciudad que todos debemos ayudar a construir.



Hasta hoy Popayán no posee una política clara y eficaz que plantee un modelo cultural distinto a los esquemas convencionales, un modelo que no se imponga ni excluya pero que si consulte las características humanas, geográficas, e históricas de sus diferentes regiones. Lo grave es que Popayán no tiene ninguna política educadora y civilizadora para su población; cree tener una cultura por llamarse ciudad culta o por haberle aportado al país varios presidentes, o tener unos cuantos eruditos en diversas áreas del conocimiento. Pero si hacemos un inventario de espacios culturales, eventos, y lugares donde realmente se viva la cultura y se les enseñe a sus habitantes lo que es ser ciudadanos pertenecientes a una ciudad culta; de eso no tenemos. El título de ciudad culta no nos lo hemos ganado, y no podemos pretender que como cada año tenemos procesiones de semana santa, festival de música religiosa, o congreso gastronómico ya por eso somos ciudad culta. Así mismo no podemos llamarnos ciudad universitaria solo por tener una población estudiantil numerosa, si esa clase no se involucra y se proyecta desde su aula hacia una ciudad de espacios y mentes abiertas.

La ciudad con la que todos soñamos y a la que tienen derecho los que no saben lo que significa vivir en una ciudad, debe partir de una actitud que nos permita adquirir conciencia social. Que la ciudad posible está a nuestro alrededor y que esa ciudad no es una utopía. Esa ciudad somos nosotros, somos todos y es nuestro presente, no ese pasado que no podemos cambiar y que nos convirtió en una sociedad aletargada, temerosa del cambio, ensimismada y vieja, atrapada como en un túnel del tiempo. No se trata de inventar algo que no existe sino de aprovechar y potenciar lo que somos y lo que tenemos. Esos valores tangibles e intangibles, es decir todos aquellos factores locales, nuestras costumbres, los lugares comunes, el barrio, la tienda de la esquina, y todas aquellas cosas que nos permiten construir nuevos imaginarios y ser únicos. Lógicamente esto requiere unas condiciones y fundamentalmente se trata de que cada uno adquiera conciencia de su propia importancia para la sociedad.

Repentinamente no se puede crear ciudadanos si no se dignifican primero seres humanos. Pero construir una comunidad capaz de valorarse y reconocerse luego de siglos de exclusión, humillación discriminación y descalificación hacia los más vul-

nerables, de arrogancia e irrespeto por parte de las clases altas, y de indolencia por parte de sus dirigentes supone tareas puntuales. Las tareas se deben volver políticas que involucren la economía, la sociología, la antropología y la arquitectura, el diseño y las ciencias humanas que nos permitan aceptar otras formas de gobernar. La tradición política de Popayán y sus gobernantes solo ha reposado en abogados e ingenieros, por lo tanto es entendible como la ciudad se resiste a otras visiones.

Se debe invitar a todos los sectores a que se hagan partícipes del cambio, a ser propositivos y actores principales, a que cada quien cuente su historia, que es la historia de todos sin modelos aristocráticos copiados de otras sociedades ni impuestos por siglos de dominación e imposición. Siempre decimos que aguantamos mucho, que somos pasivos, que no actuamos o no nos unimos. Lo que sucede es que cuando actuamos obtenemos represión no soluciones; o peor aun promesas que no se cumplen. El resultado indefectiblemente será siempre incredulidad, descontento y desconfianza, o total falta de respeto por nuestra clase dirigente.

Debemos propender por un modelo cultural que plantee un sistema articulado, que a su vez integre las diferentes disciplinas del arte, la arquitectura y el diseño como canalizadoras y dinamizadoras de procesos educativos para aportar soluciones en la ciudad que tengan un lenguaje común basado en las necesidades de la gente. Que los espacios comunes se puedan usar, y estén pensados sin importar la estratificación. Podemos copiar modelos de desarrollo social como los implementados en las comunas de Medellín, en donde la gente así como se sienta en una banca de una plaza central, igualmente lo puede hacer en su barrio porque allí también hay de lo mismo. Desde la caneca de basura en la esquina de una cuadra sientan que a todos los ciudadanos se los tiene en cuenta, que todo funcione y esté pensado y solucionado con dignidad, y además diseñado con un lenguaje que comunique visual y conceptualmente un sentir, una nueva forma de pensar. Gráficos, signos, símbolos, íconos y formas innovadoras que involucren el pensamiento de los jóvenes y su lenguaje, para poder lograr el apropiamiento, y que asimilen el cambio y lo adopten como propio. Solo así se logrará el respeto hacia una nueva cultura ciudadana libre de las ataduras de la colonia para asimilar con disposición las normas de una verdadera ciudad.

La condición humana reclama cosas elementales, reclama, trato digno, espacios dignos. Debemos partir de un principio fundamental y básico; lo que es elemental para unos no puede ser lujo para otros. Todos tenemos derecho a lo mismo y en buenas condiciones. No se puede pretender que existan en un mismo lugar ciudadanos de segunda.

Ciudad Posible



